

# COMPETENCIAS INTERPERSONALES Y PERSONALIDAD EN ANCIANOS

*Vicente Pelechano Barberá*  
Universidad de La Laguna (Tenerife)

## RESUMEN

El autor se centra en el estudio de la psicología de la sabiduría, después de haberla situado con relación a la inteligencia interpersonal y las habilidades de afrontamiento. Se plantea en el artículo sugerencias que se enmarcan dentro de su modelo. Así, existe una inteligencia interpersonal independiente de la inteligencia académica, se plantea la relación entre edad y sabiduría, que sigue siendo polémica; o que la sabiduría no debería identificarse, en nuestros días, con un 'conocimiento antiguo'. Termina abogando por la existencia de más de un tipo de sabiduría, que será necesario afrontar en sucesivas investigaciones.

## ABSTRACT

The author focuses on the study of the psychology of wisdom after having placed it in relation with interpersonal intelligence and skills of confrontation. Suggestions are considered in the article that framed within its model. So there is an interpersonal intelligence apart from the academic intelligence, it is considered that the relationship between age and wisdom still remains in polemic, or that wisdom, should not be identified, in our days, with a "old knowledge". He ends up defending for the existence of more than one type of wisdom that will necessary to face to in successive investigations.

*Viejo soy y viejo serás; cual me ves, tal te verás.  
Si el viejo pudiera, y el mozo supiera, ¿qué no se hiciera?  
Viejo con moza, mal retoza.  
Cuando la vieja se remoja, más liviana es que la moza.*

## 1. INTRODUCCIÓN Y PROPÓSITOS

Uno de los muchos retos que se plantean en nuestra sociedad se refiere a la previsión y realizaciones durante la última fase de la vida. El siglo que acaba de terminar representó el mayor incremento de la historia conocida, tanto en la explosión demográfica, como de la expectativa de vida; de manera que junto a la “primera edad”, de formación y preparación para el mundo del trabajo, y a la “segunda edad”, que representaba el tiempo dedicado al mundo del trabajo, ha aparecido una “tercera edad”, que cubre el tiempo de vida después de haber terminado el período del trabajo y haberse alcanzado la jubilación por edad.

Estos dos fenómenos (explosión demográfica y alargamiento de la vida) representan situaciones totalmente nuevas, que están promoviendo cambios sustantivos en dominios sociales y personales muy diversos, que van desde la planificación social, modificaciones esenciales en el mundo del trabajo, cambios en el funcionamiento familiar tanto por lo que se refiere a la estructura como a la dinámica. Y, por lo que a nosotros nos atañe en este trabajo, modificaciones sustanciales en el mundo personal (intra e interpersonal), por lo que la Psicología, como ciencia, ha tenido (está teniendo) que cambiar los modelos, procedimientos de estudio y hasta de modelos epistemológicos, para poder afrontar, con cierto éxito, las tareas que se están presentando, tanto en el conocimiento de los procesos psicológicos como en las estrategias de ayuda encaminadas a aliviar los problemas que se presentan en el ser humano a lo largo de su ciclo vital (Qualls y Abeles, 2000). A la primera idea de la ecuación anciano = enfermo terminal y, por lo mismo, carente de capacidades de vida, la ha sustituido la de anciano = persona llena de vida con tiempo “vacío” que hay que llenar de contenido psicológico y social.

Un análisis del cuerpo de conocimientos que se han obtenido en los poco más de 100 años que tiene la psicología como disciplina científica demuestra, por otra parte, que la mayoría de ellos se ocupa en el estudio de fenómenos que representan el lado negativo del funcionamiento humano. Ansiedad, depresión, sucesos vitales estresantes, correlatos psicológicos de enfermedades, perturbaciones personales derivadas de pérdidas, divorcios o conflictos..., lo que ofrecería una imagen del ser humano más lleno de sufrimiento y psicopatología que de alegría o bienestar. De hecho conocemos mucho más acerca de cómo aliviar el sufrimiento que sobre la manera de vivir con bienestar (una y otra cosa no son lo mismo ni funcionan de la misma manera); y este desequilibrio incide incluso en los tipos de propuestas de especialización más recientes, como la “psicología preventiva”, que se encamina más hacia la erradicación del sufrimiento, que hacia el logro de la felicidad. Esta situación ha sido denunciada en los últimos años, desde distintos puntos de vista; e incluso la psicología estadounidense ha propuesto el período 2000-2010 como la “década de la conducta” (Seligman y Csikszentmihalyi, 2000), queriendo significar, con ello,

que en este período debería acentuarse el estudio de los aspectos positivos del funcionamiento humano, en un esfuerzo por ofrecer recursos de promoción del bienestar (Isen, Draubman y Nowicki, 1987), más que de alivio del sufrimiento<sup>8</sup> (Csikszentmihalyi, 1990; Fredickson, 2001) .

Es verdad que, en la medida en que la relación entre los dominios positivos y negativos de funcionamiento personal no sea de alternativas excluyentes, tanto un enfoque (el estudio de aspectos negativos) como el otro (la denominada psicología positiva) resulta parcial y que es necesario tomar en consideración los dos campos para ofrecer una imagen real del funcionamiento humano, aunque es verdad que la excesiva insistencia en el pasado acerca de lo negativo ha generado una imagen desenfocada, y que para compensar, debería insistirse más en las potencialidades y desarrollos positivos; y este sentir es el que se encuentra presente en lo que sigue.

En este trabajo, nos vamos a restringir a la presentación de la lógica del discurso que hemos seguido en un conjunto de investigaciones realizadas a lo largo de los últimos veinte años (con referencias a logros aplicables alcanzados por el cuerpo de la geropsicología en general); y, a la vez, ofrecer una plataforma de análisis y reflexión de un proyecto que estamos comenzando a realizar, con indudables repercusiones para la población humana de la tercera y hasta de una cuarta edad.

Y todo ello, desde una posición realista. Las imágenes que se proyectan de la vejez humana han sido, en los últimos siglos, contradictorias y, en las más de las ocasiones, engañosas. Es verdad que se trata de la fase final de la vida..., siempre que se haya llegado a ella. En el primer refrán que encabeza este trabajo se recoge la idea de que el joven de hoy es el anciano de mañana. Y esta afirmación no es verdad del todo, en la medida en que el anciano de hoy no es el joven de ayer (entre otras cosas, el joven de ayer no sabía qué significaban los ordenadores ni Internet, y el de la generación anterior apenas podía imaginar el impacto sobre la vida personal y social de los medios masivos de comunicación, como la televisión), ni el joven de hoy va a ser el anciano del

---

<sup>8</sup> . Debe repararse que lo “positivo” no es, simplemente, la ausencia de aspectos negativos, como la ausencia de enfermedad no lleva aparejado necesario un completo bienestar físico, personal y social. La oposición entre dominios funcionales psicológicos positivos y negativos no es de contradicción excluyente y pueden encontrarse presentes parte de ambos aspectos, de manera coincidente (recuérdese el conflicto atracción-evitación, de larga tradición en psicología). En este punto, las relaciones de oposición modal de la lógica clásica, la multidimensionalidad y las interacciones complejas de metas y niveles de análisis y participación son la regla más que la excepción. Y, desde aquí, la tensión existente entre unas formulaciones simples en cuanto a lógica y variables, y otras simples en sus planteamientos aunque complejas en cuanto a su desarrollo y plasmación de resultados e implicaciones. Resulta especialmente interesante la relación entre estas cuestiones y el tema de los valores en psicología, así como las implicaciones de prescripciones psicológicas de bienestar, ética y ciencia (cfr. la polémica respecto a ciencia psicológica, valores y ética en los trabajos de Harrington (1996) y Howard H. Kendler (1999).

mañana. Unos y otros son “distintos” de forma cuantitativa y cualitativa. Y una de las tareas que se imponen es la de adaptar los conocimientos, cuando esto sea posible, pero básicamente, generar conocimiento teórico y empírico que sirva para ofrecer modelos, instrumentos y procedimientos más realistas y eficaces para entender y poder ayudar a las personas que llegan a la vejez. Y en este sentido, cada vez son menos adecuados los modelos generalistas que se aplican a “todos”; antes bien, el sentido de la evolución humana es el de ofrecer modelos, conocimientos y procedimientos diversificados que se adapten a la diferenciación psicológica humana.

En esta línea de discurso se encuentra lo que sigue: recoger algunas insuficiencias que existen en el conocimiento psicológico de la tercera edad, ofrecer modos que permitan una plataforma de discusión más ambiciosa con ideas y datos al respecto y, con ello, abrir perspectivas de trabajo y de acción psicológica. Los puntos por tratar se restringen a competencias interpersonales en diferentes grados de excelencia, con la propuesta de maneras de entender un tanto distintas de las convencionales, y que se encuentran inspiradas en un modelo que viene desarrollando el autor desde hace más de 30 años de publicaciones.

Bien entendido, por lo demás, que se trata de un análisis “psicológico” que no resuelve, por sí mismo, todos los problemas (hay más problemas que los propiamente psicológicos); pero ofrece la “versión del individuo que vive”, del “consumidor” de servicios, y, a la vez, sufridor de las deficiencias en atención. Este planteamiento se diversifica en distintos niveles de análisis, y el primero de ellos es teórico.

## 2. UNOS TÓPICOS CENTRALES Y SIN SOLUCIÓN INMEDIATA<sup>9</sup>

Posiblemente no existan muchas protestas ante la afirmación de que la sociedad contemporánea es muy compleja y que, a la vez que ha resuelto

---

<sup>9</sup> Una primera cuestión, apenas presente en muchos profesionales y que adquiere una especial importancia, es la elección entre la formulación de modelos generales de la psicología (por ejemplo, para estudiar temas tales como el aprendizaje, el pensamiento o la motivación), frente a la propuesta de modelos específicos de cada dominio de especialización (bien sea de evolución humana, personalidad, psicopatología o eficacia organizacional). Existen argumentos para todos los gustos. La ventaja de la especificidad es la “adecuación” aparente entre modelos y dominio comportamental que se estudie; su desventaja, la carencia de generalización y la imposibilidad por ofrecer modelos amplios y más ambiciosos respecto del funcionamiento humano. La ventaja de los modelos generales y de corte más básico es la de la posibilidad de ir incardinando los resultados alcanzados en movimientos o paradigmas de corte más general y, por lo tanto, susceptible de ofrecer modelos globales acerca del funcionamiento humano; su desventaja, que de hecho estos modelos han sido inspirados a partir de resultados y problemas muy concretos, por lo que su aplicación “directa” a campos muy distintos entre sí resulta arriesgada y su adecuación, problemática. La alternativa que ha seguido el autor de estas páginas ha sido la de ir espigando, entre los modelos y niveles de análisis, para ofrecer, dentro de lo posible, modelos generales, aunque sin ignorar las especificaciones en áreas concretas. Este trabajo pretende ser una ilustración de este modo de operar.

muchos problemas, ha creado muchos otros; de manera que se presenta una considerable variedad de situaciones que pueden “leerse” de maneras tan distintas que parecen contradictorias entre sí. Así, por ejemplo, a la vez que se defienden los derechos individuales de los ciudadanos, se proponen medidas colectivas (“sociales”) que ignoran la variabilidad individual o la aplican de manera equívoca, cuando no interesada (edad de jubilación al margen de las capacidades y estado del individuo, consideración de “igualdad psicológica” en detrimento de las diferencias individuales, tratamiento teórico igualitario de todos los ciudadanos ante la justicia y tratamiento de hecho muy diferenciado, “igualdad” de derechos ante el mundo de la sanidad y tratamiento diferenciado en función de la edad de los enfermos y otras muchas que no se incluyen para no cansar al lector). Y el caso es, además, que este distinto rasero a la hora del tratamiento de temas que son muy importantes no se limita a cuestiones académicas, sino que poseen repercusiones empíricas importantes. Como ilustración de temas relevantes en geropsicología se exponen unas líneas de reflexión acerca del papel del individuo en la sociedad actual, la existencia de un modelo único de patrón evolutivo, los sistemas de valores y creencias relacionados con la evolución de la vida humana y la relación entre cambios sociales, personales y evolutivos. Todos estos puntos suponen que el ser humano puede ser estudiado con provecho, si se le concibe como un conjunto complejo de sistemas funcionales relativamente independientes entre sí, y que vive en sociedad. Por sistemas funcionales nos referimos a procesos y contextos de vida<sup>10</sup>; se defiende que estos sistemas son relativamente independientes, como reconocimiento del hecho de que la vida y la conducta del ser humano no es uniforme sino multiforme, con una cierta independencia entre conjuntos de sistemas, distinta coherencia dentro de cada sistema y entre los distintos sistemas entre sí, y que vive en una matriz social asimismo compleja (desde la familia al funcionamiento institucional). Frente a lo que sucede en las ciencias naturales y en la física en particular, las unidades de medida y los parámetros que rigen las relaciones funcionales intra e inter-sistema son distintos en distintos sistemas y, por ello, se propone un relativismo real por lo que se refiere al establecimiento de leyes científicas de valor general (Pelechano, 1989, 1996a, 2000).

---

<sup>10</sup> . La idea, ya presente en los años 30 en Bertalanffy, se ha revitalizado desde la matemática y la biología teórica evolucionista (complementaria y no siempre continuista de las ideas darwinianas) recientemente (Holland, 1995; Resnick, 2000). Y representa una opción epistemológica remozada apoyada en biología evolucionista, sistemas computacionales y ecología.

A). *El individuo en la ciencia actual*.- Fácticamente en la segunda mitad del siglo XIX surge la “institucionalización” de las ciencias “sociales” (economía, sociología y psicología básicamente). Debido a sus repercusiones “sociales”, se dan, desde el principio, fuertes polémicas acerca de su entidad y aplicación. Uno de los temas que representa un problema grave es el papel que se atribuye al individuo en esas ciencias. Hasta hace poco tiempo se venía defendiendo la idea de que “del individuo no hay ciencia”, para referirse al hecho de que el conocimiento científico se lograría solamente a partir del estudio de grupos de “unidades de análisis”, los procedimientos de análisis matemático generados son fieles a esta idea “nomotética” y anti-individual. Por lo que se refiere a la psicología, todo ello representó el acercamiento científico por excelencia (el acercamiento nomotético), toda vez que el acercamiento idiográfico (estudio del individuo desde el individuo) quedó en una posición testimonial y propia de los acercamientos no científicos, tales como la psicodinamia, la fenomenología y los movimientos humanistas. En el nomoteticismo, el individuo se define como un conjunto de puntuaciones que se alcanzan en una serie de dimensiones o variables que se delimitan, a su vez, operativamente con análisis grupales. Así, por ejemplo, inteligencia, competencia social, ansiedad, sociabilidad o fortaleza<sup>11</sup>.

Desde esta perspectiva que presentamos, el individuo “debe” cumplir con un conjunto de tareas y actuaciones para ser “normal”; y lo “normativo” (lo sujeto a normas) proviene de lo que hacen y dicen grupos de personas que se consideran “representativas” de la población de referencia. Así, la evolución del ser humano desde la niñez a la vejez se considera “normal” si piensa, siente, dice y hace las mismas o parecidas cosas que hacen “los demás”. Si se aparta de ellas se convierte en anómalo. En la medida, además, en que exista un único grupo de referencia, se ignoran como “varianza de error” las diferencias en puntuación que se apartan “de manera significativa” de la media, y se entiende que existe solamente una única manera de comportarse y evolucionar “normal”. El individuo se transforma en un número de identificación (como sucede con el DNI), que se diferencia de otro en la medida en que otro tiene “otro” número (otro DNI); pero, en cuanto a vivencias, contenidos psicológicos, maneras de

---

<sup>11</sup> . En la sociología, el caso es tanto o más dramático, y tanto por lo que se refiere a las tradiciones de la “derecha sociológica” (Durkheim, por ejemplo), como por lo que se refiere a la “izquierda sociológica” (Marx). En los dos casos, el individuo se diluye o es consecuencia de un conjunto de influencias colectivas, institucionales o grupales, y la conducta del individuo se “entiende y predice” solamente a partir del conocimiento de esos determinantes “supra-individuales”. No existe un tratamiento específico de la individualidad, y la respuesta ante la pregunta acerca de quién soy yo, se quedaría vacía si se eliminan los componentes “sociales” de mi manera de hacer, sentir, creer y pensar. Y esto, aunque refleja en gran medida la “posición oficial”, no por ello resulta adecuada.

pensar y sentir, son más iguales que distintos (a menos, claro está que sean raros, excéntricos o presenten una psicopatología clara).

La posición que se defiende aquí es que ese “normativismo” ha dado unos resultados positivos a la Psicología, pero que no agota, con mucho, el contenido y metodología que tiene a su disposición. Desde finales de la década de los treinta del siglo XX, B. F. Skinner ofrecía una propuesta de funcionalismo radical que permitía estudiar al sujeto individual, con tantas o más garantías científicas que la psicología nomotética; en la década siguiente comenzó R. B. Cattell con la elaboración de procedimientos de medida, para las llamadas “medidas ipsativas”, que se ocupaban del estudio del individuo; a mitad del siglo XX, G. Kelly ofrecía un tipo de instrumentación (la técnica de rejilla) derivado directamente de un modelo de funcionamiento personal, y dirigido a estudiar las maneras que utiliza cada sujeto para ordenar su universo simbólico, apoyada con procedimientos de análisis estadístico que, unos años después, se convirtió en un paquete estadístico susceptible de aplicación por ordenador; finalmente, J. Lamiell, en el último cuarto del siglo XX, ha ofrecido una posición (la Psicología idiotética) que tiene su primera aplicación en el análisis científico-estadístico (multivariable y complejo) del sujeto individual y, más aún, se presenta especialmente crítico con el estudio de las diferencias individuales en el estudio de la personalidad.

Es verdad que, todavía en nuestros días, predomina un acercamiento nomotético en el que se diluye la importancia del individuo. Pero este estado se debe más a una inercia profesional y moda, que a las posibilidades reales de conocimiento e intervención de la Psicología contemporánea. La aplicación de esta nueva metodología al estudio de la geropsicología es muy escasa, debido, realmente, al estado muy deficitario en el desarrollo de esta especialidad y a la necesidad de una mayor preparación técnica de los profesionales que trabajan en este campo.

B). *¿Existe un único paradigma social de referencia, consensuado sobre la evolución humana?*- Una imagen muy frecuente entre los ciudadanos no científicos, e incluso entre los científicos, es pensar “en singular” los conocimientos que manejan. Así, se habla de “la” ciencia, en singular, que parece poblada por un único modelo teórico, del que se entresacan todos los resultados conocidos. Desde aquí se deriva un posicionamiento que, aplicado a la Psicología, mostraría que existe tan solo un modelo de desarrollo del ser humano, que se siguen unas mismas pautas de desarrollo en todos los dominios (las “fases” de desarrollo, que se aplicarían a todos los dominios del funcionamiento personal) a través de dos procesos conjuntos de diferenciación progresiva junto a integración de orden superior (Blast, 1976). El hecho es que pueden aceptarse los mecanismos de diferenciación e integración, sin necesidad de proponer un modelo de desarrollo homogeneizador. La verdad es que tanto el

ritmo como el nivel de desarrollo y los procesos concretos del mismo son dependientes, en gran medida, del sistema que se trate. Así, vaya por caso, el desarrollo motor que termina con la bipedestación parece seguir una pauta rígida de etapas, fases y movimientos, en culturas distintas y momentos históricos distintos, al menos en el último siglo (del que se tienen datos provenientes de estudios controlados). Este proceso complejo de interacción entre maduración y aprendizaje ofrece un patrón de evolución único. Sin embargo, este fixismo tiende a desaparecer cuando se habla de la evolución del lenguaje o de la interacción social satisfactoria.

En suma, la tesis que se defiende en nuestros días con mayor insistencia es que no existe un único patrón de desarrollo humano, y que psicológicamente es no solamente posible sino real aceptar la existencia de más de un patrón de evolución psicológica, y que esta evolución abarca toda la amplitud vital, desde el nacimiento hasta la desaparición del ser humano.

El mundo que se ha descubierto es lo suficientemente complejo como para aceptar una posición de relativismo en el contenido de los conocimientos y de los modelos que estamos utilizando en nuestros días. La generalización de esta tesis a modelos y sistemas más generales de desarrollo psicosocial es la de aceptar la existencia de más de un desarrollo posible de la sociedad (esto es, que la historia que tenemos es una de entre las muchas posibles); y que ese desarrollo social no se encuentra necesariamente fijado, por lo que es susceptible de modificación a medida que se cambian las condiciones sociohistóricas. Así, la imagen de la vejez que se tenía hace medio siglo es totalmente distinta a la de nuestros días, y no solamente por lo que se refiere al incremento en los años de vida, sino también en el sentido de lo que se hace y cómo se hace durante estos años.

*C). Valores y creencias en la “sociedad del bienestar” sobre la evolución humana.-* Entre las muchas contradicciones que existen en la sociedad contemporánea “del bienestar” se encuentran las que se refieren a los ideales y cánones que se proponen y los medios que proporciona para su logro: entre los valores que se proponen se encuentra un *canon* de belleza propio de la juventud, cuerpo y piel de jóvenes, rapidez en la solución de problemas, aparejada con un gran número de problemas resueltos, agilidad y flexibilidad física, veneración y culto a la novedad, dinero y otras fuentes de poder (como información), potencia sexual, alargamiento de la vida con la misma calidad que cuando se es joven y otros tantos recursos que tienen alguna nota en común: se trata de elementos aparejados con la “eterna juventud” en cuando a cualidades, y con la posesión de fuentes de poder propias de personas de edad. O dicho con otras palabras: se proponen metas y valores propios de la juventud, y se exigen para ello dominios de medios materiales propios de la madurez y de la tercera edad; con lo que se produce una flagrante contradicción: o se tienen unos (rapidez,



flexibilidad, fortaleza, belleza) u otros (medios materiales que permitan disfrutar de todos ellos). En el caso de elección, la sociedad tiende a mantener los valores de juventud, en detrimento de los valores de la vejez, lo que ha provocado, entre otras cosas, un progresivo encapsulamiento de temas que históricamente parecían propios de la vejez (prudencia, mesura, tomarse tiempo para resolver problemas complejos, prever consecuencias a medio y largo plazo de decisiones que se tomen, diferenciar entre eficacia instrumental y repercusiones éticas y personales).

Uno de los temas ausentes hasta el último cuarto del siglo pasado (y su aparición fue tímida y, en más de una ocasión, como testimonial) fue el de la “sabiduría”. Ocupados los psicólogos en la eficacia inmediata y el conocimiento de la ciencia física, desarrollaron una teoría de la inteligencia, con instrumentación y aplicaciones que ignoraban otro tipo de procesos cognitivos posiblemente más complejos, y en los que se da una interacción entre cierto tipo de inteligencia y personalidad y que no lleva consigo un resultado inmediato de solución de problemas “técnicos”. El curso histórico ha demostrado que los conocimientos existentes eran muy deficientes y, desde ahí, la necesidad por desarrollar el estudio de conocimientos relacionados con la sabiduría e incluso proponer modelos de esa sabiduría. Como se verá más adelante, las relaciones entre sabiduría y edad no son tan simples ni lineares como se pensaba en un principio (que los conocimientos exigidos para la sabiduría se encuentran presentes tan solo en edad avanzada).

D). *Cambios sociales, cambios personales y cambios en la evolución de la vida humana.*- La relación entre los tres aspectos que se mencionan y los modelos explicativos que se han dado sobre ellos ha existido desde los comienzos del análisis científico. Como ilustración para el tema que nos ocupa, nos restringimos a los siguientes tópicos: la concepción de la historia (con la subsiguiente idea de progreso y su impacto en las teorías sobre la evolución psicológica del individuo), la importancia atribuida a las variables de identificación sociodemográfica como elementos “explicativos” de la realidad personal y las relaciones entre modelo social, relevancia de los medios de comunicación y su papel a la hora de la detección de uno u otro tipo de psicopatologías dominantes.

(d.1). La idea de progreso no es reciente, aunque su irradiación a las distintas capas del funcionamiento social (desde el funcionamiento institucional hasta el individual) no ha sido nunca tan general como en nuestros días. Existen muchas ideas aparejadas con este progreso, que van desde su consideración de fenómeno acumulativo, hasta la representación de modelos circulares o en espiral. En el caso de la acumulación se supone que cada conocimiento, edad, o momento histórico es nuevo y “mejor” que el anterior; en el caso de la circularidad se supone que no existe progreso real y sustantivo, sino repetición de fases anteriores, por lo que lo “nuevo” no representa realmente una novedad

sino, en el mejor de los casos, algo que ya ha sucedido antes y que se “viste” con nuevo ropaje (lo que representa una novedad circunstancial). En el estudio de la ontogénesis psicológica, la progresión lineal se encuentra presente en los modelos que, como el piagetiano, defendían la aparición de fases evolutivas en el desarrollo de la cognición, desde el período sensoriomotor, hasta el estadio de pensamiento formal; y, a partir de aquí, se “acaba la evolución” cognitiva y, en todo caso, pueden darse “patologías” por pérdidas de las ganancias en el dominio de las operaciones cognitivas. Con una sensibilidad teórica muy distinta, la teoría freudiana defendía la existencia de fases evolutivas en el psiquismo desde la oral hasta la genital, y ahí se detenía; la patología aparecía en el caso de una “fijación” en uno u otro estadio evolutivo antes del genital o, alternativamente, en una “regresión” de un estadio más avanzado a otro menos avanzado. En ambos casos se supone un sentido de desarrollo psicológico lineal y progresivo, con unos posibles bucles de psicopatología.

(d.2). Frente a estos modelos evolutivos lineales, la consideración del ciclo vital ha propuesto modelos que se mueven en la órbita de las consideraciones circulares de la ontogénesis psicológica, en los que se entiende que el anciano es “como un niño” en muchos aspectos<sup>12</sup>; y, por ello, *la vejez significaría una segunda infancia*. A diferencia de la primera, en esta segunda ocasión se trata de “pérdidas” no deseadas. Esta segunda opción es la que ha inspirado un conjunto de modelos “de pérdida” en geropsicología (Banham, 1951; Jung, 1933; Looft,

---

<sup>12</sup>. Un antecedente ilustre de este tipo de propuestas se encuentra en W. Shakespeare. Al final del acto segundo de *As you like it (Como gustéis)*, pone en boca de un personaje, Jacques, la siguiente versión de la evolución del ser humano: “El mundo entero es un teatro y todos los hombres y mujeres simplemente comediantes. Tienen sus entradas y salidas, y un hombre en su tiempo representa muchos papeles.

Primero, es el niño que da vagidos y babea en los brazos de la nodriza; luego, es el escolar lloricon, con su mochila y su reluciente cara de aurora, que, como un caracol, se arrastra de mala gana a la escuela. Enseguida, es el enamorado, suspirando como un horno, con una balada doliente compuesta a las rejas de su adorada. Después, es un soldado, aforrado de extraños juramentos y barbado como un leopardo, celoso de su honor, pronto y atrevido en la querrela, buscando la burbuja de aire de la reputación hasta en la boca de los cañones. Más tarde es el juez, con su hermoso vientre redondo, relleno de un buen capón, los ojos severos y la barba de corte cuidado, lleno de graves dichos y de lugares comunes. Y así representa su papel.

La sexta edad nos le transforma en el personaje del enjuto y embabucado Pantalón, con sus anteojos sobre la nariz y la bolsa al lado. Las calzas de su juventud, que ha conservado cuidadosamente, serían un mundo de anchas para sus magras canillas, y su fuerte voz viril, convertida de nuevo en atiplada de niño, emite ahora sonidos de caramillo y de silbato. En fin, la última escena de todas, la que termina esta extraña historia llena de acontecimientos, es la segunda infancia y con ella el olvido de todo, sin dientes, sin ojos, sin gusto, sin nada”.

La historia, aunque cruda, reflejaría el estado de las fases evolutivas y, en especial, de la vejez en el siglo XVII, un tanto alejado de lo que sucede en nuestros días, al menos, en la mayoría de la población de nuestra sociedad. Y en el texto se confunde anciano con enfermo, y enfermo de una enfermedad en la que no existe alivio, ni cura, ni eficacia de tratamientos farmacológicos o de otro tipo.

1972), y que ha encontrado recientemente una cierta base empírica, en los estudios del grupo de Levenson sobre emoción en la tercera edad (cfr. una revisión con propuesta de integración teórica, en Levenson, 2000).

(d.3) Otra idea central se refiere a la importancia atribuida a las variables de identificación sociodemográfica (tales como edad, nivel de estudios, nivel de ingresos, lugar de residencia, estado civil, etc.), como elementos explicativos y predictivos de la conducta de los individuos. La edad ha sido utilizada repetidamente en muchos de los trabajos publicados (y se sigue utilizando). Y verdaderamente no aparece clara su significación, en la medida en que, si con ella nos referimos al paso del tiempo, no posee contenido psicológico concreto. Lo que importa no es el paso del tiempo, sino las cosas que suceden en ese intervalo temporal (experiencias de aprendizaje, sucesos estresantes y gratificantes, emociones, vivencias). La mera apelación a la edad supone una uniformización que va contra la misma lógica diferencial que se está aplicando (en la medida en que supone que todos los humanos de una misma “edad cronológica” piensan, hablan, sienten y actúan de la misma manera<sup>13</sup>). Además, la edad no es una variable dependiente ni, hasta el momento, puede ser considerada como una variable independiente (no se puede manipular). Y frente a esa edad cronológica, debería emplearse una “edad funcional”, que recogiera estas consideraciones de contenidos de experiencias de vida. La “edad” tal y como se sigue utilizando en los estudios evolutivos no tiene sentido psicológico alguno. Y no explica nada por sí misma, sino que necesita ser explicada.

Un razonamiento similar debe aplicarse a otros indicadores tales como nivel socioeconómico o profesional. Se trata de un rótulo que se utiliza para referirse a aspectos muy distintos entre sí y que se unen en una expresión, sin que ello lleve consigo una uniformidad psicológica significativa. Cuando se han llevado a cabo análisis empíricos de los indicadores operativos de estas variables, los resultados han dado lugar a varios factores empíricos que, además, tienden a ser ¡independientes entre sí; y, en más de una ocasión, hasta presentan correlaciones negativas, por lo que la “entidad” de la variable compleja como predictor es más que discutible.

De hecho, estas variables deben ser explicadas y no ser utilizadas como explicación, a pesar de la frecuencia de uso en sentido contrario. Aunque existe alguna excepción a esta afirmación.

\* \* \* \* \*

---

<sup>13</sup> . No vale apelar al refrán árabe “Los humanos están más unidos por la edad que por la sangre”, en la medida en que con él nos estamos refiriendo a los hechos que acaecen a una u otra generación, y no al mero paso del tiempo.

En el modelo de parámetros que propone el autor de este trabajo, estas variables, en su caso, formarían un sistema muy genérico de análisis psicosocial que, más que psicológico es propiamente sociológico (aunque con implicaciones psicológicas indudables), y que ha encontrado aplicaciones en dominios distintos, uno de los cuales se refiere a problemas de salud pública, epidemiología e incluso de estrategias preventivas y de planificación de servicios asistenciales. El hecho es que, en las democracias occidentales, se dan unos tipos de problemas y de posibilitantes socioculturales para la aparición de unos fenómenos y no de otros. Así, por ejemplo, la promoción de agrupaciones y movimientos asociativos de jubilados se propicia sin que se encuentre orientado ideológicamente este movimiento asociativo (o, al menos, que esté orientado solamente en una dirección), los criterios de bienestar personal y social se encuentran unidos “necesariamente” a abundancia o recursos económicos, y la acción “política” tiende a ser más reivindicativa de la generación de servicios, que acerca de la eficacia humana de los existentes. Progresivamente se observa, junto a un movimiento de defensa del individuo, una sensibilización cada vez mayor hacia fenómenos de “globalización”, entendidos, a veces, de manera excesivamente torcida, como integración y negación de la diversificación social y humana. En nuestros días se tiende a pensar en términos económicos de gasto, y a atribuir, sin excesivo rigor, los incrementos de gasto público a la “labor social” (entre la que se encuentra la atención a la tercera edad), cuando los datos demuestran que es el fenómeno de la inflación, y no el de los gastos dedicados a la tercera edad, el responsable del incremento significativo de costos (Alliance for Aging Research, 1998).

No cabe duda que existen, en un contexto de análisis de macrosistemas funcionales (nivel de análisis sociológico o de macrosistemas psicológico-funcionales), relaciones entre estado psicológico de los individuos y funcionamiento-estructura social. Incluso en el caso de la psicopatología, se ha sugerido que la liberalización, unida a la des-estructuración social, tiende a promover unos determinados tipos de trastornos (el trastorno límite de personalidad, trastornos de impulsividad en sus diversas manifestaciones y depresión por soledad, trastorno disocial o antisocial de personalidad); mientras que, en el caso de sociedades muy estructuradas, promueven otros (ansiedad, dependencia, falta de responsabilidad personal y autocontrol, rigidez, trastorno enequético y dogmatismo). Y cuando se ha producido el cambio de uno a otro tipo (como es el caso de España), este cambio va aparejado con un proceso de adaptación no siempre realizado con éxito por todos los ciudadanos, que, por una parte, se alegran de las novedades y, por otra, poseen nostalgia de ciertos aspectos que antes “tenían más seguros”, con aparición de problemas psicológicos concomitantes. Estos problemas se presentan de manera más acuciante en los segmentos de población que han sido educados y han desarrollado gran parte de su “segunda vida” en un tipo de sociedad, y el final

de su vida profesional coincide con momentos históricos de cambios acelerados y, de pronto, se encuentran con un mundo social y personal que poco se parece al que tenían hace unos años: la despoblación del mundo rural, la explosión de los medios de comunicación en la vida de los individuos de todas las edades, la libertad en contenidos (no siempre recomendables), el impacto de la revolución tecnológica de los ordenadores y de la medicina... son otros tantos factores que no ayudan a ofrecer una imagen coherente del mundo social que sea a la vez veraz, entre otras cosas, porque esa imagen **ni es coherente ni arroja veracidad y realidad, sino virtualidad, imaginación, falsedad, y presenta “coherentemente” realidades falsas como si fueran “reales” y verdaderas.** Es en este tipo de mundo en el que se desarrolla la vida de la “tercera edad” de nuestros días.

En ese “escenario social” es en el que se inserta el presente trabajo, que se ocupa en la presentación de capacidades que poseen los humanos para habérselas con la interacción humana y relacionadas con lo que se ha venido en llamar, de maneras muy distintas, como “inteligencia práctica”, “inteligencia social” y “sabiduría”.

### 3. INTELIGENCIA SOCIAL Y COMPETENCIAS SOCIOPERSONALES

Dos líneas de pensamiento convergen en la selección de elementos para ser expuestos aquí. Por una parte, las tradiciones que hacen depender la sabiduría de la edad (el “sabio” resulta, como imagen, ser un anciano) y el interés que está despertando el tema de la sabiduría en la psicología. Por otra, la apertura de la idea de inteligencia que fue encerrada artificiosamente en concepciones relacionadas directamente con la ciencia natural hasta fechas muy recientes (Pelechano, 1996b). Ambos fenómenos tienen que ver con la conducta social de los humanos a lo largo de su período vital.

Hasta hace unas pocas décadas, la socialización se entendía como una fase poblada por un complejo conjunto de procesos psicológicos que comenzaban con el nacimiento del ser humano y terminaban al final de la adolescencia (con la entrada en el mercado de trabajo). Los cambios producidos en la estructura y en la dinámica social han ampliado la socialización a todo el ciclo vital, y ha adquirido una importancia especial en el caso de la “tercera edad”, en la medida en que representa una fase nueva de vida, que trae consigo no solo replanteamientos acerca de creencias y valores procedentes de fases anteriores, sino asimismo novedades a las que se deben dar respuestas que posean valor funcional para los individuos que se encuentran en esta situación, tanto como para aquellos otros que con ellos conviven.

El núcleo central de esta intervención se refiere a los procesos de socialización del ser humano en la tercera edad (aunque no solamente en ella).

Esta socialización exige la actuación de procesos de cognición humana en contextos sociales distintos a los procesos cognitivos que definen la solución de problemas propios de la ciencia natural. El elemento clave que daría una cierta unidad a lo que va a tratarse es el tipo de cogniciones, afecciones y acciones que se encuentran relacionados con la sabiduría y la llamada inteligencia social o “práctica”, en un sentido muy amplio de “saber vivir”, que lleva a la base una flexibilización personal y el desarrollo o consolidación de ciertas maneras de enfrentarse a los problemas que se presentan en esta fase de la vida. Se trata de un tema muy antiguo y que la psicología no ha comenzado a tratar hasta fechas muy recientes.

A). *Dos tipos claros de inteligencia social.*- Parece fuera de toda duda que la conceptualización y medida de la inteligencia representa la aportación práctica más importante de la psicología desde su fundación como ciencia, a pesar de sus importantes insuficiencias y problemas de distinta índole. En la actualidad, a la vez que se reconoce la relevancia de esta línea de trabajo, se va abriendo paso, cada vez más, la idea de que existe más de una inteligencia, y que una forma de acercarse al problema de la delimitación, aunque provisional, es la de ofrecer un panorama de dominios funcionales en los que se requieran competencias humanas para ir estudiando los procesos concretos que se encuentran presentes en cada uno de los dominios. Desde hace dos décadas, el autor de este trabajo se encuentra trabajando en un modelo de inteligencias múltiples (Pelechano, 1996b), y en especial en la propuesta de una tipología de inteligencias sociales. Se proponen dos dominios relevantes: uno, el que corresponde al mundo *socioinstitucional* y que se encontraría presente en las distintas parcelas del funcionamiento social institucional (incorporando la historia, la política y la economía, como ejemplos claros); el otro se refiere a las relaciones personales, y cubriría tanto la comprensión como la eficacia del mundo inter- e intrapersonal (*inteligencia sociopersonal*). Este último tipo es el que posee mayor interés para el tema que nos ocupa, y en él hemos propuesto y operacionalizado un conjunto de componentes de evaluación (las habilidades interpersonales) para la tercera edad (Pelechano, 1991).

En la propuesta de *inteligencia sociopersonal* se distinguen, al menos, dos grandes subgrupos de competencias: un grupo cubre el área de las relaciones interpersonales, y el segundo grupo se ocupa de las relaciones intrapersonales<sup>14</sup>. Componentes de la *inteligencia inter-personal* son las habilidades interpersonales, estilos competenciales de afrontamiento para situaciones interpersonales y el dominio interpretativo y adecuado de los refranes. La inteligencia interpersonal no se relaciona directamente con el éxito social (lo

---

<sup>14</sup> . El trabajo se restringe a una presentación de la inteligencia inter-personal y de resultados representativos en el área de la tercera edad de algunos de sus componentes.

que estaría situado más cercano al mundo de la inteligencia y habilidades socio-institucionales), sino con la eficacia en las relaciones interpersonales. Sus componentes (tanto de habilidades como de estilos de afrontamiento, valores, clave interpretativa de refranes e incluso sistemas de creencias) se encuentran en un área de investigación que cubre saber de vida, modos de entender la realidad personal de manera comprensiva y de búsqueda de opciones distintas de solución de los problemas que existen.

*B). Inteligencia interpersonal: dimensiones y aplicaciones.*- Saber percibir, analizar, prever y resolver los problemas que se presentan en la relación con los demás representa un área de investigación en psicología que se correspondería a lo que denominamos “inteligencia interpersonal”. A las habilidades presentes en estos procesos las denominamos “habilidades interpersonales”, y se presentan independientes, básicamente, de la “inteligencia general” o académica. En una primera ordenación de estas habilidades seguimos tres líneas de trabajo independientes que pueden confluir, y cuya integración no se encuentra plenamente realizada: las dimensiones presentes en la solución de problemas interpersonales, la correcta comprensión y aplicación de los refranes y las habilidades de afrontamiento. Estos tres dominios son susceptibles de modificación con procedimientos adecuados de cambio, en un período de vida que abarca, al menos, desde los 4 hasta los 95 años, tal y como se ha demostrado en otro lugar, en donde se exponen programas concretos de intervención para cada fase evolutiva (Pelechano, 1996b), y con resultados demostrativos de tales aplicaciones (cfr. la monografía compilada por Pelechano, que forma el número 100 de la revista *Análisis y Modificación de Conducta*, 1999).

*(b.1.). Estrategias y estilos de afrontamiento.*- Por lo que se refiere a las **habilidades de afrontamiento (estrategias y estilos) para la solución de problemas interpersonales** son consideradas como maneras de intentar aliviar los problemas interpersonales que surgen en determinados contextos. En unos trabajos de Pelechano, Matud y de Miguel (1993, 1994) en los que participaron más de medio centenar de personas adultas y ancianas (edad entre 24 y 75 años) con una enfermedad crónica diagnosticada de distinta gravedad, se aplicó una versión española muy refundida del *Coping Checklist* de Folkman y Lazarus (1980) y con dos referentes de aplicación: cuando tuvieron conciencia de la enfermedad (un período que abarcaba como media más de diez años) y en la actualidad. La estructura factorial obtenida en ambos casos fue distinta, si bien existía como elemento común un factor de rechazo de la familia. A un centenar de estos enfermos se volvió a pasar las pruebas, cinco años después de ese primer estudio, y el factor se mantenía. En la estructura de afrontamiento actual aparecía un factor decididamente positivo y que, asimismo, se mantuvo a los

cinco años, e incluso se observaron incrementos en sus puntuaciones: la reconceptualización y reconstrucción de valores y creencias positivas acerca de la vida y de las relaciones con los demás. Y no se observaban disminuciones en las puntuaciones en este factor, entre los 50 y los 75 años.

Existe una segunda manera de entender estas estrategias de afrontamiento en la medida en que representan maneras de intentar resolver situaciones problemáticas de la vida y, en nuestro caso, de la vida interpersonal e intrapersonal: una gran parte de la bibliografía sobre los procesos de socialización y resocialización en la tercera edad se refiere a maneras de pensar y actuar de las personas ante acontecimientos que poseen cierta frecuencia y son especialmente relevantes en la tercera edad: el fenómeno conocido como disminución de los contactos sociales y el tema de los recursos que se presentan ante la pérdida de seres queridos.

Resulta de sentido común que, ya en la tercera edad, se encuentren muy consolidadas maneras de afrontar la realidad física, social y personal que sugieren el reconocimiento de una continuidad por lo que se refiere a las respuestas más frecuentes a las cuestiones que los humanos tienen planteadas en esa fase evolutiva (Antonucci y Akiyama, 1987; Field y Minkler, 1988).

A la vez, un resultado constante desde los años 60 del pasado siglo es el reconocimiento de una *reducción* o disminución de la interacción social en la tercera edad, a medida que las personas van envejeciendo: las redes sociales con las que los ancianos tienen contacto tienden a disminuir, como asimismo disminuye el número de los miembros de esa red social con los que se tiene contacto (junto a ello, se observa una disminución en la participación voluntaria en asociaciones). Esta reducción no parece coherente con una posible explosión de relaciones sociales e interpersonales como consecuencia de la “liberación” del tiempo dedicado, hasta ese momento, al mundo laboral (Larson, 1978).

Este fenómeno ha sido explicado desde posiciones muy dispares entre sí: 1) para algunos (Cumming y Henry, 1961), la disminución se debería a un proceso de desenganche social progresivo que se acompaña con el declinar de la vida, y que va acompañado con una “vuelta hacia dentro”, con el fin de ir reorganizando las principales cuestiones sin resolver que cada individuo tiene planteadas. Este fenómeno se consideraba como un aspecto normativo “normal” y con valor adaptativo. 2) Frente a esta opción, los denominados “teóricos de la acción” (Maddox, 1963, 1964) han interpretado ese retiro como la necesaria respuesta ante una actitud de aislamiento y rechazo de los ancianos por parte de los demás (formaría parte del “viejismo” como conglomerado de actitudes negativas hacia la vejez). Desde esta posición, la disminución en contactos sociales se considera un aspecto negativo, desadaptativo y promovido más por los demás que por los mismos ancianos. 3) El grupo de Carstensen (Carstensen, 1991, 1992, 1998) ha propuesto un modelo alternativo en el que las



disminuciones observadas se deben a una selectividad socio-emocional. Para estos autores, la interacción social posee tres funciones claras: la adquisición de información, el desarrollo y mantenimiento del concepto del yo y la regulación de la emoción. Mientras las dos primeras pierden funcionalidad en la tercera edad (ya se tiene de los demás la información pertinente y, por otro lado, se depende menos de los demás a la hora de conocer lo que cada cual piensa de sí mismo), la tercera ofrece todavía una posibilidad abierta: los demás no se utilizan para generar imágenes del yo sino para reafirmarlas y, por lo mismo, los contactos sociales tienden a ser cuidadosamente seleccionados dentro de las posibilidades reales de cada uno, con el objetivo de lograr esa reafirmación personal (de ahí, la interacción selectiva con amigos íntimos y familiares), con lo cual se potencia el papel de la regulación de la emoción en las interacciones sociales<sup>15</sup>.

Esta visión tan activa y protagonista de la vida social del anciano recoge, tan sólo parcialmente, su realidad social. También es verdad que, durante esa edad, son más frecuentes que en fases anteriores, las pérdidas debidas a muertes de familiares, parejas, familiares de las parejas, amigos y conocidos. Y, junto a ello, resulta obvio la pérdida de contacto con las personas con las que antes se trabajaba, los cambios de domicilio e incluso la entrada en instituciones con el subsiguiente estrés que ello lleva consigo y la convivencia con nuevas personas con las que no se ha tenido relación anterior. Habría que añadir, además, el recrudescimiento de enfermedades o discapacidades en el desplazamiento e independencia física. Todo ello promueve la aparición de respuestas compensatorias ante estas situaciones no tan gratificantes.

Sin pretender agotar el campo, habría que señalar tres tipos de respuestas generales: la formación de nuevos lazos o la revitalización de las relaciones existentes, la redefinición de las necesidades sociales y el desarrollo o reactivación de actividades no sociales.

El primer tipo de respuesta es *el intentar desarrollar nuevos lazos o incrementar los existentes*. En el caso de pérdidas de personas muy queridas, resulta obvio que las memorias compartidas, que corresponden a largos períodos de tiempo, no se recuperan, aunque aparecen estrategias de reorganización en las que las pérdidas ocupan lugares centrales (Bankoff, 1981; Morgan, 1988, Morgan, Carder y Neal, 1997). La mayor parte de resultados obtenidos en el tema de la compensación ha intentado aislar los tipos de

---

<sup>15</sup> . Todo ello, claro está, en presencia de un fuerte control personal, carencia de sentimientos negativos de soledad y un contexto socio-personal que pueda ser elegido (entre varios) y que resulte gratificante para el concepto que se tenga del propio yo. O dicho de otra manera, que la familia sea fuente de auto-afirmaciones y gratificaciones, y que se posean amigos íntimos de verdad. En este sentido, la teoría de Carstensen posee un alcance muy limitado y alejado de la premura, prisa y carencia de bienestar y sosiego económico que caracteriza a muchas de las familias actuales.

sustituciones que emergen tras la pérdida. El *modelo de jerarquía compensatoria de apoyo social* de Cantor (Cantor, 1979; Cantor y Little, 1985) ha propuesto que la sustitución de apoyos perdidos o ausentes en la tercera edad sigue un orden fijo, en el que los familiares ocupan un lugar preferente, frente a los no familiares, aunque en la base empírica recogida no se recoge el impacto o calidad del apoyo recibido. Como ejemplo de este modelo, en un estudio de Connidis y Davies (1992), se estudiaron los que funcionaban como confidentes o compañeros sociales en el caso de ancianos viudos, frente a ancianos casados. Los recursos principales de apoyo y compañía para las personas viudas fueron los amigos, otros familiares y niños; mientras que la pareja era el principal recurso, en el caso de personas casadas. Un análisis más detallado de los resultados sugería que las personas viudas sustituían algunas personas para hablar de temas de los que hablaban con la pareja, y otras, para cuando desean compañía, lo que sugiere que existirían necesidades distintas y maneras distintas de satisfacer esas necesidades por parte de personas distintas.

Lamme *et al.* (1996) preguntaron a ancianos que habían enviudado hacía un máximo de 10 años sobre los esfuerzos, realizados para obtener, mantener o intensificar el contacto con sus amigos y conocidos. El 44% de los participantes que informaron haber hecho un esfuerzo deliberado para establecer nuevas conexiones sociales o intensificar las que existían, mencionaron el establecimiento de nuevas relaciones; frente al 23% de aquellos que informaron no haber hecho esfuerzo alguno por establecer nuevas relaciones. Stylianos y Vachon (1993), como fruto de una revisión acerca de relaciones sociales, concluyen que la familia (en especial, los niños) es crucial en la adaptación inmediata a la nueva situación; mientras que los amigos (y, con frecuencia, amistades nuevas) tienen mayor importancia en adaptaciones a medio y largo plazo.

En general cabría decir que ,aunque los tipos de estudio realizados son científicamente muy mejorables (se trata de estudios transversales, con escaso control respecto a la calidad del resultado, sin apenas información acerca de las características personales de los participantes), los resultados ponen una cierta luz sobre el tema.

La otra estrategia presente (aunque no consciente) consiste en la *redefinición de las necesidades y/o aspiraciones sociales*, de forma que el envejecimiento y las reacciones ante los estresores ambientales llevarían consigo un cambio en los contenidos de las metas sociales (lo que se ha denominado estrategia acomodaticia de afrontamiento, tal y como lo propone Brandstadter y Renner (1990) o el control secundario de Heckhausen y Schulz (1995)). O dicho con otras palabras, aceptar que se tienen nuevos “amigos” cuando, en realidad, son conocidos, y lo que se ha hecho ha sido cambiar la definición de “amigo”.

Una manera alternativa de compensar las pérdidas en la red de apoyo social consistiría en la **sustitución de relaciones sociales por otro tipo de actividades, tales como distracciones o actividades hogareñas**. Patterson (1996) evaluó las actividades placenteras, la ansiedad y el ajuste al estado de viudedad, en una muestra de personas ancianas que habían perdido recientemente a su pareja. Algunos de los participantes informaron que las actividades placenteras habían perdido su atractivo desde la muerte de la pareja; mientras que para otros, esas actividades les habían servido como alivio del sufrimiento. Un análisis más fino de los resultados demostró que estas actividades sustitutivas eran más importantes para los que presentaban menor ansiedad, aunque la realización de estas actividades nada tenía que ver con el ajuste general a la viudedad.

En resumen: la actividad social en la tercera edad tiende a disminuir, posiblemente debido a una motivación selectiva; las reacciones ante las pérdidas personales significativas han sido de interés para los investigadores, aunque no existe un modelo teórico comprensivo e incardinado en datos que explique los resultados alcanzados. Por otra parte, los tipos de investigación más frecuentes han estudiado estrategias de sustitución de apoyos (incluso de dominios no sociales por otros sociales), de compensación y de reinterpretación cognitiva de los contextos de vida. Sin embargo, la inclusión de variables de personalidad que identificaran cuándo y en qué circunstancias son más eficaces unas estrategias que otras no se conocen, ni se está investigando en nuestros días con fuerza. Posiblemente, además, la inclusión de otro tipo de variables relacionadas con competencias sociales comprometidas directamente con las relaciones interpersonales (ciertas habilidades de inteligencia interpersonal) representaría un paso adelante en este campo.

(b.2). *Otro dominio se encuentra cubierto por los refranes castellanos de contenido interpersonal*. Frente a la opinión de que la paremiología se ocupa de unos contenidos que nada tienen que ver con la ciencia, Pelechano (1991b, 2000) ha ofrecido una elaboración teórica en la que los refranes se presentan como la decantación de la sabiduría histórica de la cultura, procedente de una fase casi ágrafa pero que se continúa en nuestros días<sup>16</sup>. Como resumen apretado de conocimientos relevantes no resulta fácil su correcta aplicación, en la medida en que esta aplicación exige la “lectura” de las situaciones sociales pertinentes y de las claves que guían estas situaciones. De ahí, que se haya devaluado científicamente su aplicación, en la medida en que resulta difícil establecer los enlaces funcionales que deben guiar esa aplicación. La formulación eufónica, y

---

<sup>16</sup> . Las distintas máximas que se han ido generando alrededor de la “murphología”, las versiones actuales de la “sabiduría” y las claves del éxito en la sociedad post-industrial forman parte de esta misma parcela de funcionamiento personal, aunque su difusión sea cuantitativamente mayor que la de los refranes (porque ahora viven muchas más personas) que viven en las condiciones de vida que están relacionadas con la sociedad industrial y post-industrial en nuestro país.

hasta un tanto simplona de los refranes, esconde una considerable dificultad de aplicación, hasta el punto que, en una de las pruebas que hemos construido y en las que se pide a los participantes que lean 10 refranes y que expliquen brevemente cada uno y encuentren una situación de aplicación “correcta”, resulta una prueba considerada “difícil” por los estudiantes universitarios; aunque no tan difícil en el caso de psicólogos clínicos profesionales y de participantes de tercera edad.

Se revisaron distintas fuentes documentales de refranes clásicos y, tras una depuración, se elaboraron cuatro cuestionarios formados por refranes, todos referidos a relaciones personales (más de 360 refranes en total). Estos instrumentos fueron cumplimentados por un total de 818 adultos españoles que vivían en tres comunidades autónomas de distinta tradición (Canarias, Valencia y Andalucía). Sucesivas aplicaciones de análisis factoriales arrojaron un total de siete factores de primer orden (rotación oblicua) que se redujeron a cuatro de segundo orden:

(b.2.1) El primer factor podría denominarse de *machismo a la española*, que comprende dos factores de primer orden, uno de miedo-recelo hacia la mujer<sup>17</sup> (“Las mujeres sin maestro saben llorar, sentir y bailar”, “De la mala mujer te guardes, y de la buena no te fíes nada”, “Mujer, viento y ventura, pronto se muda”, o “El humo, la mujer y la gotera echan al hombre de su casa entera”) que va aparejado con una concepción mercantilista y materialista de la vida (“El amigo más cierto es el dinero”, “Más ablanda dinero, que palabra de caballero”, “El dinero hace al hombre entero”).

(b.2.2). El segundo factor se identificó como *resentimiento y fatalismo con hipocresía y desconfianza* (“El lobo, harto de carne, se mete a fraile”, “El día del placer, víspera es del pesar”, “Bien me quieren mis vecinas, porque les digo las mentiras”, “Quien presta no cobra; si cobra, no todo; si todo, no tal; y si tal, enemigo mortal”).

(b.2.3.). El tercer factor se identificó como *discreción y transigencia hostil con individualismo* (“No hay peor sordo, que el que no quiere oír”, “Échate a enfermar, verás quién te quiere bien y quién te quiere mal”, “Asno de muchos, lobos lo comen”, “Cada cabello hace su sombra en el suelo”, “El señor no es saber, mas eslo el saberlo ser”).

(b.2.4.). El cuarto factor representa un factor de primer orden que se ha mantenido en la estructura de segundo orden y denominado *voluntarismo y prudencia* (“Lo que se ha de hacer tarde y de mal grado, hágase temprano”, “El buen saber es callar, hasta ser tiempo de hablar”, “Cuando el río no hace ruido, o no lleva agua o va crecido”).

---

<sup>17</sup> . Repárese que entre los participantes, casi dos terceras partes eran mujeres, por lo que este factor tan potente estadísticamente no puede atribuirse a la presencia de hombres en la muestra.

Por lo que se refiere a diferencias intergrupales, sabemos que las mujeres puntúan significativamente más que los hombres en los factores de discreción-individualismo y voluntarismo y prudencia (los hombres en los otros dos). Por otra parte, la puntuación en cada uno de los factores tiende a incrementarse con la edad, a partir de los 25 años; y, finalmente, la puntuación parece que disminuye a medida que se incrementa la cualificación socioprofesional de los participantes.

(b.3). *El tercer núcleo de factores a los que hemos hecho alusión más arriba son las **habilidades interpersonales***. A partir de una reflexión de la obra del grupo de Spivack (1974, 1976), desde finales de los setenta hasta ahora, se han generado baterías de dimensiones de solución de problemas interpersonales (tres para niños y adolescentes, una para adultos, una para tercera edad). Se ha generado, para cada período evolutivo, una escala de problemas para cada una de las siguientes dimensiones: (i) toma de perspectivas distintas; (ii) generación de alternativas de solución ante el mismo problema; (iii) atribución-inducción causal; (iv) previsión de consecuencias de acciones socialmente adecuadas e inadecuadas; y (v) segmentalización o estrategia de troceamiento de un problema en componentes susceptibles de ser resueltos, detección de problemas en estas soluciones parciales e integración de las soluciones parciales en otra más general<sup>18</sup>. Los problemas que formaban cada escala eran relevantes para cada edad y se referían a problemas reales y concretos con los que se podían encontrar en la tercera edad. En la tabla número 1 están recogidos problemas ilustrativos para cada escala, con los criterios de calificación.

---

<sup>18</sup> . La exposición de cada prueba, con los resultados correspondientes a su validación factorial, consistencia interna, relación con otras variables teóricamente relevantes tales como estado de salud, locus de control, neuroticismo y extraversión se pueden encontrar en la monografía de 1991. Asimismo se encuentran las puntuaciones de la tipificación de estas pruebas para la tercera edad con una muestra cuyo rango se encontraba entre los 55 y los 95 años. Lo que sigue es un apretado resumen. En el monográfico de *Análisis y Modificación de Conducta* de 1999 se encuentran resultados concretos ilustrativos en algunos dominios psicológicos y en los tres volúmenes de 1996 se insertan los programas elaborados con la exposición de cada sesión paso a paso.

Tabla 1. Ejemplos de problemas que componen cada escala de la batería de habilidades interpersonales para la tercera edad, de Pelechano, con los correspondientes criterios de corrección

---

**1. TOMA DE PERSPECTIVAS.-** Domingo fue al banco a sacar dinero para comprar un regalo a su mujer en el día de su aniversario de bodas. Saca el dinero y compra el regalo, pero se le hace muy tarde y, cuando llega a casa, su mujer está muy preocupada y se enfada un poco con Domingo.

- *¿Cómo se sentirá Domingo?*
- *Después de pedir perdón, Domingo le cuenta a su mujer la verdadera historia. ¿Cómo se sentirá la esposa?*

Criterio de puntuación: Se anima a que den tantas respuestas distintas como sea posible. Un punto por cada respuesta con sentido y *distinta*.

**2. GENERACIÓN DE ALTERNATIVAS.-** Elena siempre ha tenido miedo a los perros. Un día, mientras pasea con una amiga, ve que por la misma acera viene un señor con un perro amarrado.

- *¿Qué cosas puede hacer Elena?*

Criterio de puntuación: Se anima a que den tantas respuestas como se les ocurra. Un punto por cada respuesta viable (por ejemplo, no es respuesta viable “llamar a Superman” o a los extraterrestres).

**3. ATRIBUCIÓN CAUSAL.-** Carmen trabaja como criada y ya tiene edad para jubilarse. Sin embargo, Carmen no quiere jubilarse.

- *¿Por qué cree usted que Carmen no quiere jubilarse?*

Criterio de puntuación: Se informa que deben dar tantas respuestas distintas como se les ocurra. Un punto por cada respuesta plausible (por ejemplo, no puntúa: “porque no quiere” o “porque no”).

**4. PREVISIÓN DE CONSECUENCIAS.-** El hijo de Carmen tiene 35 años y se va a casar. Pero Carmen no quiere a su futura nuera y, dos días antes de la boda, no puede más y le dice a su hijo que no irá a la ceremonia, que esa mujer no es para él y que él se merece una mujer mejor, por lo que ella no quiere colaborar en eso.

- *¿Qué cosas pueden suceder después?*

Criterio de puntuación: Se insiste en que deben decir todas las cosas que puedan suceder. Un punto por cada consecuencia verosímil (así por ejemplo, no se puntuaría “que los marcianos invaden la Tierra” o “que comienza a llover muy fuerte”).

**5. SEGMENTALIZACIÓN.- COMIENZO DE LA HISTORIA:** El matrimonio Martínez pasó un día por casa de sus vecinos para charlar un rato. Mientras hablaban, se fue la luz y la sala quedó a oscuras. La señora Martínez siempre tuvo mucho miedo a la oscuridad y se pone a gritar.**FIN DE LA HISTORIA:** La señora Martínez está tranquila.

- *¿Cómo han conseguido que la señora Martínez se tranquilice?*

Criterio de puntuación: Se anima a que cuenten tantas historias y pasos verosímiles cuantos se les ocurran. Se da un punto por cada “paso” de solución, excepto el primero (así, un único paso no cuenta). Así, si la respuesta es “el señor Martínez le ha dicho que no se ponga histérica” o “ha venido la luz en seguida” no cuenta.

---

Existe un considerable volumen de resultados, aunque por lo que se refiere a la tercera edad, y en el tema que nos ocupa, interesa siquiera apuntar los siguientes:

(i).Estas dimensiones son prácticamente independientes de la inteligencia general (medida por la escala de Raven). Ello implica que no son subsumibles en la inteligencia general, sino que cubren un dominio funcional distinto.

(ii).Por lo que se refiere a la estructura factorial entre todas las pruebas, la solución que se observa es monofactorial, lo que sugiere que, en situaciones normales de vida cotidiana, todas las dimensiones covarían hasta el punto de poder ser funcionalmente casi intercambiables.

(iii).Cuando estas dimensiones se entrenan, la estructura original homogénea desaparece. No todas las dimensiones son igualmente fáciles de modificar (lo que sugiere que se mueven en niveles de consolidación distintos). La búsqueda de alternativas de soluciones distintas ante el mismo problema y la segmentalización tienden a ser las más resistentes al cambio.

(iv).Estas dimensiones presentan relaciones significativas y positivas con el estado de salud, la satisfacción con la vida y el bienestar percibido, por lo que representarían maneras positivas de promover una adaptación sociopersonal.

(v).Cada dimensión posee correlatos distintos con las dimensiones de personalidad. Así, mientras la atribución causal resulta prácticamente independiente de todas las utilizadas en distintos estudios incluyendo locus de control, inteligencia general y motivación comprometida con el rendimiento, la inteligencia general, el control interno en la toma de decisiones y la unión entre trabajo y diversión ofrecen patrones correlacionales estadísticamente significativos con la previsión de consecuencias. Este tipo de resultados implica que, pese a la aparente “homogeneidad” funcional entre las distintas dimensiones, sus relaciones con el resto de la esfera personal son distintas en cada caso.

(vi).Los resultados obtenidos con programas específicos de entrenamiento no son irreversibles, sino que las mejorías desaparecen después de un año de haber terminado el programa. Esto sugiere que deberían realizarse sesiones de apoyo, con el fin de mantener los resultados positivos alcanzados.

#### 4. EL MÁXIMO GRADO DE EXCELENCIA: LA PSICOLOGÍA DE LA SABIDURÍA

De una u otra manera, los componentes presentados sobre la inteligencia sociopersonal poseen relevancia para la idea de sabiduría. El estudio de la sabiduría, relegado durante muchos siglos a la filosofía, ha entrado definitivamente en la ciencia psicológica; si bien, la manera de evaluarla no se ha resuelto, hasta el momento, con una prueba psicométrica simple y

susceptible de aplicación inmediata y de bajo costo. Al contrario, los distintos acercamientos que se han propuesto al respecto de la sabiduría son costosos en cuanto a evaluación y complejos por lo que se refiere a teoría e implicaciones (las inferencias asentadas sobre los resultados no siempre parecen justificadas). Se entiende usualmente por sabiduría un conocimiento especial, aparejado con cierta manera de creer, sentir y ordenar la realidad, en donde el relativismo de valores y creencias, control personal y la tolerancia de la ambigüedad desempeñan un papel central. No se conoce en nuestros días una manera concreta de enseñar a ser sabio, y se encuentra en discusión el papel que desempeña la inteligencia general-académica y la edad.

(a). *Un arranque teórico y empírico: la evolución de la cognición humana.*- El estudio de la evolución de la cognición humana ha sido realizado fundamentalmente desde una perspectiva en la que se tenía un origen (el nacimiento) y un final (el fin de la adolescencia). El paradigma piagetiano, que ha dominado la investigación evolutiva en procesos cognitivos hasta fechas muy recientes acababa sus fases evolutivas en la fase de las operaciones formales, que se adquirían durante la adolescencia (en términos genéricos). La psicología tradicional y psicométrica de la inteligencia, por su parte, asimismo terminaba en ese período la evolución o, en todo caso, la alargaba hasta la primera juventud (recuérdese, al respecto, la idea de “cociente intelectual”, pero, asimismo, las puntuaciones normativas de los “tests de inteligencia general”, y su “añadido” de puntuaciones extra cuando se pasaba de cierta edad, en la década de los 30 usualmente). Este tipo de planteamiento, si bien fue útil en la medida en que se unía inteligencia y capacidad educativa durante cierta época de la vida, resultó radicalmente insuficiente al ampliar el campo de la psicología evolutiva a todo el ciclo vital y, subsiguientemente, enfocar el estudio de la evolución cognitiva a otros campos que no se cubrían ni se encontraban relacionados directamente con la eficacia académica, a la vez que la educación fue modificando sus criterios de éxito<sup>19</sup>. La ampliación del ámbito de estudio de la psicología al mundo de la psicopatología, de la educación a lo largo de todo el ciclo vital, de la eficacia laboral, de las relaciones personales e incluso del propio control personal sugirió la necesidad de ampliar tanto los modelos y rango de la evolución cognitiva como de la no cognitiva, hasta incorporar todo el ciclo vital. Se habló, ya en la década de los setenta del pasado siglo, de un período cognitivo “post-formal” para explicar la cognición adulta, en la década siguiente se reincorporó un concepto que nunca debía haber sido

---

<sup>19</sup> . De hecho el análisis de los coeficientes de correlación entre calificaciones académicas e inteligencia general han ido disminuyendo, desde 1930 hasta nuestros días, debido, en gran parte, al cambio radical que se ha dado en el “criterio” de calificaciones escolares (“rendimiento instruccional”) que ha ido aparejado a un cambio en las metas concretas que se persiguen en la escolarización obligatoria.



apartado de la psicología: la sabiduría. El libro compilado por Sternberg (1995) representó un hito que debe ser tomado en consideración por todos aquellos que deseen conocer este “nuevo interés” y este renacimiento. El de Holliday y Chandler (1986), de unos años antes, puede considerarse como uno de los fermentos clave en el desarrollo de esta temática dentro de la Psicología.

(b). *Un problema epistemológico y definicional grave.*- Un problema epistemológico grave en el estudio de la sabiduría es que deberíamos tener claros los criterios de identificación y, en el caso de que la diferencia entre sabio-no sabio fuese no solamente cuantitativa sino también cualitativa, que existiese una única forma de sabiduría y se tuviesen aislados los componentes y modo de evaluación, bastaría con la participación y/o el estudio intensivo de este tipo de personas como para poder llevar a cabo las investigaciones por el camino acertado.

El caso es que no tenemos ninguna de esas certezas. De entrada, un análisis de las ideas y conceptos que históricamente se han unido a la sabiduría demuestran que *no existe una única manera de ser sabio* y que coexisten, en la actualidad, distintos modelos básicamente distintos bajo la rúbrica de “sabiduría”, y que la calificación de “sabio” consensuada o medianamente aceptada por los investigadores se aplica a muy pocas personas que “no se suelen dejar” estudiar y que, además, tienden a mantener bastante escondida su propia intimidad.

Por todo ello, los distintos acercamientos deben ser cautos, prudentes y “sabios” en el diseño de instrumentos, procedimientos de evaluación y, lo que de ahí resulta, de los conceptos que está utilizando. Sin todo esto, el único logro previsible es el incremento de la ceremonia de la confusión.

(c). *Principales modelos.*- Existen varios acercamientos, de los que seleccionamos cuatro, como los más importantes: el que corresponde a la versión lega de la sabiduría, la concepción de Meacham, la de Sternberg (una de las últimas) y la de Baltes del grupo de Berlín.

(c.1). La *versión lega* es, dentro de la psicología, la más antigua; y el trabajo de Holliday y Chandler (1986) representó un hito importante en esta tradición. La idea básica de esta monografía fue la de utilizar la lógica procedente de la investigación lega en psicología (recoger las opiniones que se tienen alrededor de cierto tema por parte de las personas no especialistas y que recogerían la psicología “implícita” que están utilizando), aplicar a los conocimientos alcanzados la lógica de Rosch respecto al análisis de conceptos prototípicos (básicamente pero no en exclusiva el concepto de sabiduría) y generar, a partir de aquí, un modelo respecto a qué se entiende por sabiduría.

Los participantes (cerca de 450) estaban diferenciados, en cada experimento, por tres grupos de edad, desde los 20 hasta los 80 años. El análisis de componentes principales arrojó cinco factores en orden decreciente de prototipicidad:

El *primero* fue denominado como *comprensión excepcional* con expresiones tales como utilización del sentido común, toma en consideración del contexto más amplio en la toma de decisiones, observador/perceptivo, se entiende a sí mismo y a los demás, intuitivo, empático, mente abierta, flexible.

El *segundo factor* se calificó como *habilidades de enjuiciamiento y comunicación* y estaba definido por términos tales como consciente, fuente de buen juicio, entiende la vida, atiende a lo que le rodea, toma en consideración todas las opciones en una situación, reflexivo, piensa cuidadosamente antes de decidir, precavido, sopesa las consecuencias de las acciones, conservador, astuto, sabe cuándo dar consejos y cuándo no.

El *tercer factor* se identificó como *competencias generales* y estuvo definido por términos tales como curioso, pensativo, entiende/valora la información, leído, inteligente, despierto, estructurado, respetuoso, auto-realizado, consejero o mentor, complejo, creativo, mayor, capaz de predecir cómo evolucionarán las cosas, educado, con éxito, metódico, experimentado.

El *cuarto* factor se denominó de *habilidades interpersonales*, y se encontraba definido por expresiones tales como cordial, sensible, fiable, equilibrado, amable, relajado, modesto, sociable, moral, paciente, altruista, espiritual, feliz, maduro y compasivo.

El *quinto* y último factor se identificó como *carencia de intrusión social*: discreto, no enjuicia a los demás ni a las cuestiones que se le plantean, no impulsivo, tranquilo, planifica con cuidado.

Se estudió, además, el grado de solapación de expresiones empleadas en la calificación de otros conceptos, tales como “espiritual”, “astuto”, “inteligente” y “perceptivo” (junto a “sabio”). La mayor tasa de solapaciones se dio en el caso de “perceptivo” (80%), seguido de “sabio” (61%) e “inteligente” (57%). En un análisis intra-categorial de estas solapaciones, la mayor se dio entre sabio y perceptivo, seguido por sabio-inteligente. Estos resultados indican que los participantes diferencian un dominio específico para sabiduría que no es reducible a inteligencia, que este dominio de “sabiduría” parece multidimensional y que, si se refiere a “conocimiento”, exige una multiplicidad de procesos, una multidimensionalidad de, al menos, tres factores claros que los autores reinterpretan en función del triplete de conocimientos humanos que diferenció Habermas (1970), en un intento por ofrecer modos de conocer e intereses que los sustentan: el *conocimiento técnico*, básicamente interpretable como conocimiento científico-natural que posee como meta el dominio y

control del mundo físico, y que se ha estudiado básicamente con tests de inteligencia; el *conocimiento práctico* que se ocupa de las relaciones sociales y de la comunicación entre los humanos, y el *conocimiento emancipatorio*, que pretende promover más que restringir y evitar las restricciones innecesarias para el fomento del potencial humano. La sabiduría representaría una manera de referirnos a los tres tipos de conocimientos a la vez (aunque con cierta insistencia sobre el tercero de ellos).

(c.2.). La opción de Meacham (1983, 1995) parte de la existencia de una fuerte diferenciación entre inteligencia y sabiduría. La psicología de la inteligencia se ha gestado a partir de una concepción de la evolución del conocimiento como acumulación y una asimilación de esa manera de funcionar (búsqueda de certeza, contrastación y promoción del conocimiento de manera lineal) con el funcionamiento de la ciencia. La sabiduría, por el contrario, se encuentra más cercana al funcionamiento real de la actividad científica, en el que, junto a la certeza, debe existir una tolerancia de la incertidumbre, de la ambigüedad y del intercambio social. Esto quiere decir que la sabiduría formaría parte de la evolución real del conocimiento humano (tanto en su consideración filogenética como ontogenética) en donde importa tanto la adquisición de conocimiento, como de los límites y valor del conocimiento alcanzado dentro de un panorama más amplio tanto del conocer como del vivir. El sabio debería ofrecer una imagen de equilibrio entre conocer y dudar, lo que le permite situar los conocimientos en su valor real.

(c.3.) Sternberg comenzó estudiando la teoría implícita de la inteligencia, en los años ochenta del pasado siglo, para pasar, una década después, a la propuesta de una teoría de la sabiduría que denomina “del equilibrio” (Sternberg, 1998). En esencia, para este autor, la sabiduría es una parte de la inteligencia práctica; y en concreto: “la aplicación del conocimiento tácito mediado por los valores hacia el logro de un bien común mediante un equilibrio entre intereses (a) intrapersonales, (b) interpersonales y (c) extrapersonales, para alcanzar un equilibrio entre (a) la adaptación a los ambientes que existen, (b) conformación de los ambientes existentes y (c) selección de nuevos ambientes”(1998, p. 353). Para Sternberg, la sabiduría no se enseña explícitamente, sino que la vida y la sociedad ofrecen ocasiones y contextos en los que se aprende ese tipo de conocimiento implícito o tácito que representa la sabiduría.

(c.4.) El último modelo y, con toda seguridad, el más elaborado, es el que proviene del grupo del Instituto para el Estudio del Desarrollo Humano (de la cadena de institutos Max-Planck) de Berlín, dirigido por Paul B. Baltes. En la última formulación publicada (Baltes y Staudinger, 2000) compilan la mayor parte de resultados importantes alcanzados hasta la fecha. Definen la sabiduría

como un conocimiento y enjuiciamiento expertos de las cuestiones prácticas de la vida. Se proponen cinco criterios para identificar este conocimiento sabio, los dos primeros representan los criterios básicos, y los otros tres son meta-criterios:

- Conocimiento factual respecto a la condición humana y temas centrales en el funcionamiento humano (individual y colectivo).
- Conocimiento procedimental o dominio de estrategias para la toma de decisiones (análisis costo-beneficio), auto-regulación, interpretación de la vida (análisis de medios para el logro de fines, planificación y consejo).
- Contextualismo en la consideración del ciclo vital (toma en consideración del pasado, el presente y contextos futuros o futuribles en la toma de decisiones, papel de las normas de edad y fases evolutivas en las que la vida y los problemas concretos se dan).
- Relativismo cultural (relación de acción con valores propios, dentro del esquema general de valores de la humanidad en nuestros días) y
- Conciencia y manejo de incertidumbre (tolerancia de incertidumbre básica de la vida humana en términos de interpretación del pasado, predicción del futuro y manejo del presente, estrategias eficaces para convivir con la incertidumbre, tales como análisis de soluciones sobre problemas pasados, optimización de la *ratio* ganancia/pérdida).

La evaluación se lleva a cabo mediante el planteamiento de un problema de vida (relevante en cada fase de edad) y la calificación de las respuestas en entrevista individual (que se graba) de acuerdo con estos criterios. Desde la publicación del último trabajo en el año 2000, parece que comienzan con la apertura e inclusión de los refranes dentro de su aparato evaluador, aunque su entidad y ubicación dentro del modelo no se contempla como criterio ni como modo instrumental de medida.

Dada la complejidad y laboriosidad del análisis evaluador, la verdad es que no existen muchos resultados publicados. Por otro lado, estos autores diferencian entre “conocimiento relacionado con sabiduría”, que es el que se evalúa con una, varias o todas de estas dimensiones; y “sabiduría”, que exige una puntuación máxima en todos los criterios que acaban de exponerse.

En una primera aproximación sobre la relación entre sabiduría y edad (en el epígrafe siguiente volvemos sobre esto), los resultados del grupo de Baltes sugieren que, desde la juventud hasta la tercera edad, se tienden a mantener las puntuaciones (incluso diferencias interprofesionales por lo que se refiere a sabiduría). Por lo que se refiere a la tercera edad, tiende a mostrarse cierto deterioro al final de la misma y, en el caso de definir un período evolutivo

posterior de “cuarta edad” (a partir de 75 años), el descenso como grupo tiende a ser manifiesto. Sin embargo, esta “función evolutiva” debe cualificarse de manera clara, en la medida en que uno de los estudios publicados se ocupó de grupos criteriosales identificados (personas identificadas como “sabias” por calificación de otras personas; y otras como “no sabias”). Uno de los primeros resultados es que en el grupo de “sabios”, las personas de mayor edad (por encima de 65 años) se encontraban hiper-representadas, lo que querría decir que, al menos, por lo que se refiere a la edad, el máximo grado de excelencia de los criterios aducidos tienden a agruparse en la tercera edad. Además, las puntuaciones de este grupo y las de los psicólogos clínicos en ejercicio y con experiencia superior a 10 años, eran muy similares y, por lo demás, significativamente por encima de las puntuaciones de otros grupos profesionales en ejercicio, tales como abogados, químicos o matemáticos.

Uno de los resultados que acaban de presentarse resulta curioso y hasta provocativo, si se piensa que, mientras los psicómetras de la inteligencia parecían tan preocupados por los conocimientos científicos que identificaron en gran medida inteligencia humana con capacidad para descubrir y generar ciencia natural (entender y crear), los resultados publicados por lo que se refiere a sabiduría y tipos de profesiones sugiere que el conocimiento que, de hecho, se maneja se encuentra muy cercano al discurrir de la psicología clínica (más en concreto, de las distintas terapias psicológicas) y, probablemente por ello, los psicólogos clínicos tienden a puntuar tan alto como los “sabios” identificados por consenso entre periodistas (con lo cual podría hasta pensarse en cierto mecanismo proyectivo de los psicólogos clínicos respecto a las pruebas de sabiduría; sucede, sin embargo, que no han sido psicólogos clínicos los que han desarrollado esta especialización).

El autor de este trabajo se encuentra en proceso de elaboración de un modelo alternativo en el que los elementos “tradicionales” e implícitos de la sabiduría se unen con otros de corte más post-industrial, y en donde la evaluación consiste tanto en cuestionarios como en el planteamiento de problemas y su posterior análisis de resultados. Ideas básicas en esta propuesta son: (a) no existe una sino varias sabidurías, diversificadas por los contextos de vida, fases evolutivas y tipos de sociedad de referencia; (b) los procedimientos de validación toman en consideración tanto procedimientos de validación criterial como de constructo y predictiva; (c) los instrumentos deben integrar tanto elementos tradicionales de contextos interpersonales, como aspectos específicos de la sociedad contemporánea; (d) la inteligencia, tal y como es medida por los tests de inteligencia, es una condición necesaria pero no suficiente para el logro de la sabiduría (efecto “umbral”); (e) los criterios de validación, consiguientemente deben adaptarse a los contextos de vida de las personas, y no al revés; (f) sabiduría representa algo excluyente del éxito social, aunque lleva consigo el reconocimiento, por parte de algunas personas, de

personas que sean calificadas como sabias; (g) la sabiduría resulta independiente del conocimiento instrumental y científico de la ciencia natural; (h) deberían detectarse diferencias interprofesionales en los instrumentos encaminados a evaluar la sabiduría; y, para no alargar más esta enumeración, (i) la sabiduría no resulta un rasgo generalizado (esto es, no se es sabio 24 horas al día y en todos los actos que se realizan), sino que se presentan acciones y decisiones sabias en ciertas ocasiones.

(d). *Sabiduría y edad: polémica y resultados.*- No deja de resultar curioso que la significación de Lao-Tsé en chino se acerca mucho a bebé con barba blanca, lo que no deja de ser una idea contradictoria: juventud y madurez a la vez. En oriente, las tradiciones existentes tienden a diferenciar entre sabiduría y edad.

En occidente, la tradición más común es que ambos conceptos van a la par: se supone que es imposible encontrar un niño de 3 años que sea sabio; y, en el mejor de los casos, hasta los medios de comunicación social se han encargado de transmitir y potenciar la idea de que el sabio debe ser un hombre anciano. A la vez, tradicionalmente se tiende a describir al anciano como una persona frágil, enferma, torpe e incapaz. Existen ideas y resultados que dan parte de razón a cada alternativa.

Los resultados evolutivos alcanzados en la investigación de Holliday y Chandler (1986) no ofrecían diferencias cuantitativas entre las tres generaciones que cumplimentaron las pruebas, por lo que no se deducía una idea distinta respecto a lo que es y cómo funciona la sabiduría a lo largo del ciclo vital.

En una conceptualización de la sabiduría como combinación entre conocimiento y duda, Meacham (1995) defiende la idea de que esta idea de sabiduría es accesible prácticamente a cualquier edad, que básicamente depende de la combinación entre conocer y dudar y que, en todo caso, tiende a decrecer al final de la vida. Por lo que se refiere a la “evolución” de la sabiduría, este autor reconoce la existencia de líneas de desarrollo opuestas de la sabiduría respecto de la edad. Por una parte, el incremento de edad va aparejado con un mayor número de experiencias de aprendizaje en todos los dominios (asimismo en el de la sabiduría), por lo que, a medida que se hace uno mayor, debería ir incrementando la sabiduría entendida como un equilibrio entre afirmación de conocimientos y valor relativo de los mismos. Pero, a la vez, las tendencias a la rigidez mental, a la búsqueda de “claridad” incluso en temas, de por sí, confusos, que se encuentra en muchas personas mayores, tenderían a disminuir ese equilibrio dubitativo y, con ello, la flexibilidad cognitiva y emocional exigida para que se den actos de sabiduría. Aunque la posición de este autor al comienzo era un tanto dubitativa, en 1995 se decantó claramente hacia una posición de progresivo deterioro de sabiduría en los ancianos, si se toma en

cuenta todo el ciclo vital (hasta llegar a afirmar que la atribución de sabiduría a los ancianos por parte de los jóvenes vendría a ser una atribución esperanzadora que les sirve a los adultos jóvenes para seguir manteniendo la tensión y el sufrimiento de su trabajo y sinsabores cotidianos ante las escasas expectativas de bienestar sociopersonal completo que les da la sociedad contemporánea; de ahí su “proyección” hacia delante de un estado de bienestar que vendría aparejado con la jubilación, lo que, a todas luces, sabemos que no es acertado).

Por lo que se refiere a sabiduría y edad, Sternberg propone que se elaboren programas de entrenamiento sobre sabiduría y se enseñen en los centros escolares tanto como se enseña el lenguaje y las matemáticas, aunque no ofrece ningún programa en concreto (ni siquiera sugerencias para su elaboración). No hace un tratamiento explícito de la sabiduría en la tercera edad; su insistencia en que se trata de un conocimiento implícito y que es aprendido, mediante aprendizaje incidental, en las distintas situaciones de vida, cabe sugerir que, en la tercera edad, este dominio se encontraría bien representado y sin deterioro manifiesto, a menos que existan procesos de deterioro neurológico o mental.

En tres trabajos empíricos, el grupo de Baltes ha estudiado el tema respecto a conocimiento-relacionado con sabiduría (Baltes, Staudinger, Maercker y Smith, 1991; Smith y Baltes, 1990; Staudinger, 1999). Los resultados tienden a mostrar una independencia entre edad cronológica y sabiduría (rango de edad entre 20 y 89 años), cuando se toman en consideración los datos de todos los sujetos. Sin embargo, esta tendencia general debe cualificarse en el sentido siguiente: el desarrollo de la sabiduría va aparejado con la acumulación de experiencias de aprendizaje en la vida de las personas, por lo que a mayor volumen de aprendizaje (más años de vida), mayor sabiduría. Sin embargo, existe un conjunto de procesos que van en sentido contrario: incremento en rigidez de personalidad, ciertas disminuciones en eficacia cognitiva, posibles procesos de deterioro que dificultan el aprendizaje, cuando no lo eliminan o lo invierten de signo. A todo ello se debe añadir la necesidad de que exista una cierta eficacia intelectual, para que se dé aprendizaje en este dominio. Por todo ello, no es posible ofrecer una imagen correcta, simple y coherente de las relaciones entre conocimiento sabio y edad. En general puede decirse que, en el mejor de los casos, la relación es positiva; en otros, independiente; y en otros, finalmente, la relación es negativa. El cómo y cuándo en concreto de esta relación se encuentra apenas apuntada, si bien la ausencia de deterioros neurológicos, el ejercicio de una profesión con repercusiones personales para los demás, una inteligencia académica, al menos, media-alta y un estilo de vida sano y recatado formarían parte de calificaciones altas en sabiduría en la tercera edad.

## 5. SABIDURÍA, TEMPERAMENTO, ACTITUDES Y MOTIVACIÓN

En los últimos modelos expuestos sobre sabiduría se encuentran presentes aspectos que no se han atribuido tradicionalmente a los “procesos cognitivos” tales como búsqueda equilibrada del bien común, tolerancia de incertidumbre y equilibrio o autocontrol, junto a la enunciación concreta de intereses y motivaciones. Son estos todos, elementos tradicionales en el estudio de la “personalidad”, por lo que puede resultar conveniente revisar algunas de las ideas centrales en cada uno de los elementos citados. Se distinguen los aspectos básicos del funcionamiento personal, frente a los dominios más contextual-motivacionales.

(a). *Elementos básicos de funcionamiento personal.*- En este apartado, más que en ningún otro, lo que siguen son sugerencias que nos encontramos en proceso de contrastación formando parte del modelo que estamos desarrollando. Y que se refieren únicamente a nuestro contexto social.

La sabiduría se encuentra cercana al ideal social de funcionamiento personal y, por ello, debe tener una puntuación baja en neuroticismo-ansiedad rasgo (inestabilidad emocional) y en impulsividad, en la medida en que se trataría de personas controladas y de oferta de respuestas dilatadas en el tiempo no por torpeza sino como consecuencia de un análisis detallado y preciso de las situaciones. Asimismo debe puntuar más bien bajo en extraversión, en la medida en que el extravertido tiende a presentar dificultades en el mantenimiento de la atención y busca relaciones personales más bien superficiales y mudables. Podría obtener puntuaciones relativamente altas en buscador de estímulos (curiosidad acerca de los temas importantes para la naturaleza humana y la sociedad actual), aunque no de sensaciones (en este caso, las puntuaciones deberían ser bajas). La imagen del yo (el yo digesto, Pelechano, 2000) debería ser flexible aunque firme, y no estar dependiendo de las contingencias ambientales. Debería puntuar alto en cordialidad y bajo en suspicacia.

En cuanto a dimensiones actitudinales, resulta esencial puntuar bajo en dogmatismo y autoritarismo, así como en rigidez sociolaboral y en los factores de hostilidad. Debería mostrar unas puntuaciones altas en la consideración positiva de la naturaleza humana y una comprensión a largo plazo de los fenómenos históricos.

Un tema de interés se refiere a la inteligencia como manejo de símbolos relacionados con el pensamiento de la ciencia natural (la inteligencia académica o factor “g”). Los resultados publicados al respecto sugieren que la inteligencia general es una condición necesaria, pero de ningún modo suficiente, para el



logro de la sabiduría. De esta manera se exige un grado de inteligencia normal-superior (en la terminología de coeficiente intelectual), aunque es un requisito para el desarrollo de los conocimientos requeridos para el desarrollo de la sabiduría en grado de excelencia.

(b). *Factores motivacionales.*- Nos referimos en este epígrafe a aspectos propios de distintos contextos y que pueden ser diferentes en cada uno de ellos. Si nos encontramos evaluando sabiduría “laboral”, los factores que siguen se encontrarían presentes en el mundo socio-laboral; si por el contrario es el área de la salud, los instrumentos concretos deberían recoger este contexto y no otro. En las sugerencias teóricas y previsiones que se realzan, se supone que los elementos interpretativos tienden a ser comunes, aunque la significación de cada uno de ellos puede ser plasmada de modo diferencial.

De entrada, la persona que puntúe alto en sabiduría debería estar caracterizada por puntuaciones altas en tolerancia de la ambigüedad y en tolerancia a la frustración (precisamente por la toma en consideración de períodos temporales más bien largos a la hora de conectar emociones con acciones inmediatas), un control interno alto aunque no extremado (un control extremadamente alto sugiere que todo depende de la acción propia, y nada de la ajena ni de las interacciones ambientales; por ejemplo, el control personal que se posee en una intervención quirúrgica resulta más bien escaso).

Se ha dicho que el sabio debe tolerar y manejar situaciones de incertidumbre, pero ello no implica buscar estas situaciones para instalarse en ellas. La incertidumbre (ambigüedad) forma parte de la realidad, aunque no de toda la realidad, ni de la misma manera. Por ello, hay que buscar la certidumbre, pero no “reconvertir cognitivamente la incertidumbre en certidumbre” con el fin de no caer en la trampa de pensar firmemente que “todo lo que siento y pienso acerca de la realidad lo convierto en realidad”. En la medida en que se reconoce la existencia de una parcela de conocimiento incierto, debería mantenerse como tal y buscar, eso sí, maneras sensatas y tranquilas de disminuir esa incertidumbre (para las buenas tanto como para las malas expectativas).

Dentro del mundo de la motivación laboral debería poder diferenciar entre “trabajo” y “ocio, o mundo al margen del trabajo” y poder dedicar un tiempo para cada cosa, en función de la fase evolutiva de que se trate.

En el dominio de las relaciones personales no debe ser dependiente de los demás: debe soportar la soledad y tampoco molestarle el estar en compañía de otras personas (en estos casos, tan solo de manera muy incidental ocuparía un lugar protagonista). La existencia de intimidad de relaciones con otra persona significa, en estos casos, hacer lo necesario para mantener esta relación intentando aumentar el bienestar, pero de ningún modo ser hasta tal punto

dependiente de la relación, que le impida tomar en consideración otras perspectivas. El saber aceptar la pérdida de un ser querido no quiere decir alegrarse por ello, sino elaborar y reelaborar su vida en función de la nueva situación (flexibilidad mental y física), manteniéndose abierto a nuevas experiencias y situaciones; pero no buscarlas afanosa o desesperadamente.

En el caso de tener hijos (y nietos en su caso), las relaciones personales tienden a ser de confianza unidireccional (de los otros hacia uno) y de “espera” en el caso del sabio hacia los demás. No impone sino que sugiere, y deja que sean los demás los que vivan la vida por la que han optado vivir.

## 6. SUGERENCIAS Y CONCLUSIONES

En este trabajo se han revisado una parte de los conceptos relevantes sobre competencias humanas, que se encuentran relacionados claramente con los procesos de socialización. Después de un planteamiento genérico acerca de problemas relevantes y actuales en geropsicología conectados con el tema objeto de esta intervención, nos hemos delimitado al estudio de las reacciones de los ancianos en las situaciones de pérdida personal, así como su valor interpretativo como habilidades de afrontamiento social.

Después pasamos a la oferta de un modelo complejo de inteligencias sociales y, entre ellas, nos hemos ocupado de la inteligencia interpersonal, diferenciando habilidades de afrontamiento, sabiduría popular (refranes) y habilidades-dimensiones interpersonales. Finalmente nos hemos ocupado de la sabiduría. Algunas sugerencias relevantes podrían ser hechas a propósito de lo que acaba de mencionarse:

(i). Existe un mundo, en gran parte inexplorado, de las competencias sociales e interpersonales en los ancianos, al que debería dedicarse una mayor atención.

(ii). Existe un mundo de inteligencia interpersonal que es prácticamente independiente de la inteligencia académica, y que es susceptible de ser entrenado, de manera satisfactoria, a lo largo de todo el ciclo vital y, en especial, en el caso de la tercera y cuarta edad.

(iii). Hace una veintena de años, se comenzó a recuperar la idea de sabiduría como un dominio específico de investigación psicológica, del que existen varios modelos en vías de desarrollo y cuyos resultados son prometedores.

(iv). Uno de los temas no resueltos es la relación entre edad y sabiduría. En la actualidad, parece que se tiende a aceptar que se puede ser sabio y no anciano, y a la inversa. Se sugiere, desde aquí, el estudio pormenorizado de los procesos responsables tanto de la promoción como del deterioro de la sabiduría respecto a la edad cronológica.

(v). La sabiduría no debería identificarse en nuestros días más con “conocimiento antiguo” o inútil, en la medida en que representa una fuente de bienestar personal y social.

(vii). Es posible que exista más de un tipo de sabiduría. El estudio de una cierta tipología de sabidurías en función de los contextos específicos de vida parece urgente y posible.

(viii). Los determinantes de personalidad de esta gran competencia humana (sabiduría) se encuentran apenas barruntados, por lo que se sugiere su estudio intenso.

(ix). Finalmente, habría que decir que, aunque no está claro que haya una garantía de que todos los ancianos sean sabios, los diseños intrasujeto (frente a los diseños normativos transversales) hacen presumir que pueden haber incrementado todos en sabiduría con respecto a sí mismos, y podría resultar de gran interés el estudio de lo que, a cada individuo anciano, le ha servido para promover o para dificultar su desarrollo personal y de sabiduría, hasta llegar a su momento actual.

## BIBLIOGRAFÍA

- Alliance for Aging Research (1998). *Seven deadly myths: Uncovering the facts about the high cost of the last year of life*, (Brochure), Washington, DC, Author.
- Baltes, P. B. & Staudinger, U. (2000). A metaheuristic (pragmatic) to orchestrate mind and virtue toward excellence, *American Psychologist*, 55, 122-136.
- Baltes, P. B., Staudinger, U. M., Maercker, A. & Smith, J. (1995). People nominated as wise: A comparative study of wisdom-related knowledge, *Psychology and Aging*, 10, 155-166.
- Banham, K. M. (1951). Senescence and the emotions: A genetic study, *Journal of Genetic Psychology*, 78, 175-183.
- Bankoff, E. A. (1981). Effects of friendship support on the psychological well-being of widows, *Research in the Interweave of Social Roles Friendship*, 2, 109-139.
- Blasi, A. (1976). Concept of development in personality theory. En J. Loevinger (ed).- *Ego development* (pp. 29-53), San Francisco, Jossey-Bass.
- Cantor, M. H. (1978). Neighbours and friends: An overlooked resource in the informal support system, *Research on Aging*, 1, 434-463.
- Cantor, M. H. & Little, V. (1985). Aging and social care. En R. H. Binstock & E. Shanas (eds).- *Handbook of aging and the social sciences* (pp. 745-781), New York, Van Nostrand Reinhold.
- Carstensen, L. L. (1991). Socioemotional selectivity theory: Social activity in life-span context, *Annual Review of Gerontology and Geriatrics*, 11, 195-217.

- Carstensen, L. L. (1992). Motivation for social contact across the life span: theory of socioemotional selectivity, *Nebraska Symposium on Motivation* (Vol. 40, pp. 209-240), Lincoln, University of Nebraska Press.
- Carstensen, L. I. (1998). A life-span approach to social motivation. En J. Heckhausen & C. Dweck (eds.)-*Motivation and self-regulation accross the life span* (pp. 341-364), New York, Cambridge University Press.
- Connidis, I. A. & Davis, L. (1992). Confidants and companions: Choices in latter life, *Journal of Gerontology: Social Sciences*, 47, 115-122.
- Csikszentmihalyi, M. (1990). *Flow: the psychology of optimal experience*, New York, Harper Perennial.
- Cumming, E. & Henry, H. W. (1961). *Growing old: The process of disengagement*, New York, Basic Books.
- Folkman, S. & Lazarus, R. S. (1980).An analysis of coping in a middle-aged cpmmunity sample, *Journal of Health and Social Behavior*, 21, 219-236.
- Fredrickson, B. L. (2001). The role of positive emotions in positive psychology. The broaden-and-build theory of positive emotions, *American Psychologist*, 56, 218-226.
- Habermas, J. (1970). *Knowledge and human interests*, Boston, MA, Beacon Press.
- Harrington, A. (1996). *Reenchanted science: Holism in German culture from Wilhelm II to Hitler*, Princete, NJ, Princeton University Press.
- Heckhausen, J. & Schulz, R. (1995). A life-span theory of control, *Psychological Review*, 102, 284-304.
- Holland, J. H. (1995).- *Hidden order. How adaptation builds complexity*, Reading, MA, Addison-Wesley.
- Holliday, S. G. & Chandler, M. J. (1986). *Wisdom: Explorations in adult competence*, Basel, SW, S. Karger AG.
- Isen, A. M., Daubman, K. A. & Nowicki, G. P. (1987). Positive affect facilitates creative problem-solving, *Journal of Personality and Social Psychology*, 52, 1122-1131.
- Jung, C. G. (1933). *Modern man in search of a soul*, New York, Harcourt Brace and World.
- Kendler, H. H. (1999). The role of value in the world of psychology, *American Psychology*, 54, 828-835.
- Lamme, S., Dykstra, P. A. & Broese Van Groenou, M. I. (1996). Rebuilding the network: New relationships in widowhood, *Personal Relationships*, 3, 337-349.
- Levenson, R. W. (2000). Expressive, physiological, and subjective changes in emotion across adulthood. En S. H. Qualls & N. Abeles (eds.)- *Psychology and the aging revolution*, (pp. 123-140) Washington, DC, American Psychological Association.
- Looft, W. R. (1972). Egocentrism and social interaction across life span, *Psychological Bulletin*, 78, 73-92.
- Maddox, G. L. (1963). Activity and morale: A longitudinal study of selected elderly subjects, *Social Forces*, 42, 195-204.
- Maddox, G. L. (1964). Disengagement theory: A critical evaluation, *The Gerontologist*, 4, 80-82).
- Morgan, D. L. (1988). Age differences in social network participation, *Journal of Gerontology: Social Sciences*, 55, 129-137.

- Morgan, D. L., Carder, P. & Neal, M. (1997). Are some relationships more useful than others? The value of similar others in the networks of recent widows, *Journal of Social and Personal Relationships*, 14, 745-759.
- Meacham, J. A. (1995). The loss of wisdom. En R. J. Sternberg (ed.).- *Wisdom: Its nature, origins and development*, (pp.181-211), New York, Cambridge University Press, 5<sup>th</sup> print.
- Patterson, I. (1996). Participation in leisure activities by older adults after a stressful life event: The loss of a spouse, *International Journal of Aging and Human Development*, 42, 123-142.
- Pelechano, V. (1989). Ejes de referencia y una propuesta temática. En E. Ibáñez y V. Pelechano (dirs.).- *Personalidad*, Madrid, Alambra.
- Pelechano, V. (dir.)(1991a). *Habilidades interpersonales en ancianos: Conceptualización y evaluación*, Valencia, Alfaplús.
- Pelechano, V. (1991b). La Psicología de los refranes, *Psicologemas*, 5, 37-64.
- Pelechano, V. (1996a). El modelo de parámetros en personalidad. En V. Pelechano (dir.). *Psicología de la personalidad. I. Teorías*, Barcelona, Ariel.
- Pelechano, V. (1996b). Las habilidades interpersonales en un modelo de inteligencia humana. En V. Pelechano (dir.).- *Habilidades interpersonales. Teoría mínima y programas de intervención*, Valencia, Promolibro, vol. I.
- Pelechano, V., dir. (1999). *Habilidades interpersonales*, Monográfico, *Análisis y Modificación de Conducta*, 167-320.
- Pelechano, V. (2000). *Psicología sistemática de la personalidad*, Barcelona, Ariel.
- Pelechano, V., Matud, M. P. y de Miguel, A. (1993). Habilidades de afrontamiento en enfermos físicos crónicos, *Análisis y Modificación de Conducta*, 19,91-149.
- Pelechano, V., Matud, M. P. y de Miguel, A. (1994). Estrés no sexista, salud y personalidad, *Análisis y Modificación de Conducta*, 20, Monográfico, 311-611.
- Resnick, M. (6th. Print., 2000). *Turtles, Termites and Traffic Jams. Explorations in Massively Parallel Microworlds*, Cambridge, MA, MIT Press.
- Seligman, M. E. P. & Csikszentmihalyi, M. (2000). Positive psychology: an introduction, *American Psychologist*, 55, 5-14.
- Smith, J. & Baltes, P. B. (1990). Wisdom-related knowledge. Age/cohort differences in response to life-planning problems, *Developmental Psychology*, 26, 494-505.
- Spivack, G. & Shure, M. B. (1974). *Social adjustment of young children*, New York, Jossey-Bass.
- Spivack, G., Platt, J. J. & Shure, M. B. (1976). *The problem-solving approach to adjustment*, New York, Jossey-Bass.
- Staudinger, U. M. (1999). Older and wiser? Integrating results on the relationship between age and wisdom-related performance, *International Journal of Behavioral Development*, 23, 641-664.
- Sternberg, R. J., ed. (1995). *Wisdom: Its nature, origins and development*, New York, Cambridge University Press.
- Sternberg, R. J. (1998). A balance theory of wisdom, *Review of General Psychology*, 2, 347-365.
- Stylianou, S. K. & Vachon, M. L. S. (1993). The role of social support in bereavement. En M. S. Stroebe & R. Hansson (eds.).- *Handbook of bereavement: Theory, research, and intervention* (pp. 397-410), New York, Cambridge University Press.